

Índice

| | |
|--|-----|
| Prólogo de José María Gasalla | 9 |
| Introducción. ¿Qué es esto de la crisis? | 13 |
| 1. El microcosmos en un plato de la balanza | 21 |
| 1. La importancia del autoconocimiento | 21 |
| 2. ¿Para qué tienes talento? | 28 |
| 3. Un monstruo llamado miedo: ¿qué hacer con él? | 35 |
| 4. Las válvulas de escape: procrastinación, huida, estrés y compulsión | 41 |
| 5. Hora de ir al cine | 46 |
| 2. En el otro plato de la balanza, el macrocosmos | 55 |
| 1. El nada nuevo fenómeno de la globalización | 55 |
| 2. El todo en primer lugar | 60 |
| 3. Misión de vida y talento en un mundo globalizado | 75 |
| 3. ¿Qué tiene que ver la crisis con todo esto? | 91 |
| 1. ¿Cómo define el diccionario una crisis? | 91 |
| 2. El modelo de dar, recibir y confiar | 100 |
| 3. Revisar conceptos para crecer | 116 |
| 4. Cómo convertirse en millonario con pocos valores | 122 |
| 5. ¡Acertar es humano! | 130 |
| Ahora que has hecho todos los test... | 139 |
| La Carta de la Tierra | 147 |
| El camino hacia delante | 163 |
| Notas | 165 |

Prólogo

Leila Navarro y yo llevamos cinco años recorriendo el mundo con nuestro *road show*, que es una especie de conferencia-espectáculo en la que tratamos de despertar conciencias, avivar actitudes, provocar cambios de paradigmas y comportamientos, instigar cuestionamientos sobre nuestras realidades, nuestros prejuicios, nuestras capacidades, en definitiva, nuestro pensar, sentir, hacer, vivir.

Bueno, pues todo esto está en este libro. Leila tiene la gran habilidad de ir creando un diálogo con el lector y este se va metiendo poco a poco en profundidades.

Es como si escuchásemos a Leila durante ocho horas durante las cuales va entremezclando historias reales y ficticias, vivencias íntimas y vivencias públicas. Nos cuenta desde su separación matrimonial y lo que significó para ella como crecimiento personal, de aprovechamiento de una crisis, hasta su encuentro con Vicente Ferrer en la India.

Durante todo el libro se va trabajando en tres niveles: el individual, el social y el global.

Comienza el libro con una cita maravillosa de Fernando Pessoa: «No hay nada. Nunca seré nada. No puedo querer ser nada. Aparte de eso, tengo en mí todos los sueños del mundo». Leila, de esa forma tan audaz, tan emocional, tan vital que solo ella sabe hacer, nos va haciendo un recorrido sobre cantidad de temas interrelacionados que nos llevan de la mano a una conclusión clara, aunque difícil a veces de aceptar: debes buscar la crisis dentro de ti. Te será mucho más útil en el momento en que decidas superarla.

Leila se apoya en su propia experiencia así como en conocimientos adquiridos de la mano de personas que han dedicado toda su vida a investigar qué es lo que significa y cómo avanza por la vida un ser humano.

Y, así, recurre a Maturana, Susana Bloch, Bucay, Leonardo Boff y otros.

Es un libro que se lee de un tirón. La lectura es fácil, más difícil, la digestión.

Arranca de la importancia del autoconocimiento que, más adelante, al hablar de confianza, refuerza con la importancia de la autoconciencia, la autoclaridad, el autocumplimiento, el auto-compromiso, la autocoherencia, la autoconsistencia...

El libro nos anima a reflexionar, a buscar la introspección, a autoevaluarnos y nos va proponiendo preguntas de tanto en tanto como diciéndonos: párate, no sigas, antes pregúntate esto...

Y aparece la importancia del sentido de la vida, de la madurez, del reconocimiento del propio talento. Nos hace reflexionar sobre esa «entupida» necesidad que tenemos de andarnos comparando con los demás.

A ese respecto, yo suelo decir que cada uno corre su propia carrera, que cada uno elige la velocidad que le convierte en cada momento y el compañero de viaje que le interesa para cada trecho. Es como la experiencia del camino de Santiago, que es fundamentalmente una experiencia vital individual en la que vas a estar rodeado de unos y otros dando y recibiendo pero, en definitiva, contigo mismo.

Y ese es nuestro destino. Un destino individual para el cual nos necesitamos unos y otros. El uno con el todo. Trabajemos pues desde y para nosotros, para ir consiguiendo con los demás —desde la inclusión— un mundo cada vez mejor, más sostenible y más amoroso.

Leila Navarro nos aporta su grano de arena en ese viaje que todos tenemos que hacer. Merece la pena reflexionar a partir de la lectura de este libro que no pasará, sin duda, desapercibido.

Enhorabuena Leila y muchas gracias por haber pensando en mí para iniciar este viaje lleno de atractivos mensajes, pensamientos y líneas de acción.

José María Gasalla

Conferenciante, escritor y profesor de ESADE Business School



Introducción

¿Qué es esto de la crisis?

Supongo que tú también, al igual que yo, habrás leído una de esas historias que circulan por Internet que hablan de la crisis y de las que nadie conoce al autor. La historia a la que me refiero define con exactitud la visión que tengo de la crisis económica mundial que estalló en septiembre de 2008. La escena es la siguiente: imagina un grupo de gente disfrutando de una gran orgía, te evitaré los detalles escabrosos porque no vienen a cuento; pero imagina algo parecido a una de aquellas fiestas de la antigüedad, una bacanal, que tanto gustaban a los emperadores romanos, y que, en medio de aquella agitación general, de aquel frenesí de los sentidos, alguien levanta la voz y dice: «¡tengo sida!». ¡Ay, ay, ay, ay! ¿Imaginas qué ocurriría a continuación? Inmediatamente todos dejan de hacer lo que estaban haciendo y se ponen a considerar su situación particular: «¿habré corrido algún riesgo?», «ya me parecía raro, ¡pero tenía que aprovechar la ocasión!», «todo el mundo participaba, ¿por qué yo no?». En fin, fueran cuales fueran los planteamientos que cada cual se hiciera una cosa era cierta: todos pararon en el mismo instante. Así veo la crisis financiera que pilló a todos con los pantalones bajados, por no decir desnudos, en septiembre de 2008.

Cuando me invitaron a escribir este libro pensé al instante en la crisis generada por la burbuja inmobiliaria en el mercado estadounidense, que generó un *tsunami* en todos los mercados financieros del mundo. No obstante, tras reflexionar un poco, caí en la cuenta de que en realidad habían existido muchas crisis.

En el Brasil de la década de los noventa, por ejemplo, experimentamos una inflación galopante y se elaboraron planes

económicos que prometían maravillas. El recién elegido presidente, Fernando Collor de Melo, confiscó los ahorros de todos los brasileños, causando una gran inquietud en la población, sin hablar de los problemas de liquidez y de la falta de confianza en el sistema financiero, frágil rehén de los desastrosos de un gobernante. Al inicio de este siglo, durante el mandato de Fernando Henrique Cardoso, experimentamos un apagón generalizado, y no sólo porque fallara la energía eléctrica, por culpa de la falta de inversiones en infraestructuras, sino también por la economía, pues la inestabilidad económica ahuyentó a los inversores extranjeros, hizo oscilar tremendamente el valor de nuestra moneda frente al dólar y aumentó la deuda externa, que debíamos pagar los brasileños. En la escena internacional hemos visto otros países en crisis: como la de México en 1994, la de los llamados Tigres Asiáticos en 1997, o la de Argentina en 2001. Y hablo sólo de las crisis financieras.

Porque 2001 dejó su huella con otra clase de crisis. Los atentados terroristas de septiembre de ese año en Estados Unidos, contra las torres gemelas y el mismísimo Pentágono, sacudieron sobre todo las fronteras de este país. Ya nadie podía poner los pies en suelo americano sin quitarse los zapatos, literalmente. Eso afectó al orgullo de todos. Cualquiera que consiguiera llegar a Nueva York o a Miami tenía que quitarse los zapatos si quería entrar. ¿Cómo se sentían los viajeros? Como delincuentes, pues la desconfianza se había generalizado; todos eran sospechosos hasta que probaran su inocencia, les desproveían de su moral, de su carácter, de su identidad.

Pensé también que las crisis son cíclicas, que vienen y van; que se suceden en el mundo, en el macrocosmos, como estamos viendo, y también en esferas más cercanas a nosotros: en la empresa en la que trabajamos, en la tienda del barrio, en la casa del vecino, y así hasta llegar a nuestro microcosmos, a nuestra propia casa, a mí, a ti. E, independientemente del momento económico por el que estamos pasando, pensé que las crisis tienen lugar en la propia vida de las personas, porque a nuestras vidas llegan crisis constantemente. Veamos si estás de acuerdo

conmigo: tenemos la crisis de la pubertad, por ejemplo, si empezamos a contar a partir de los 10 o 12 años, porque si una crisis es aquella situación para la que no estamos preparados o a la que no sabemos cómo hacer frente, podríamos decir que la primera sería la del nacimiento, cuando tenemos que salir a través de un agujero, haciendo fuerza y sin saber qué ocurrirá cuando estemos fuera. En la infancia ya pasamos por otras, después vienen la crisis de identidad de la adolescencia, las de ansiedad de la vida adulta, la de los 30, los 40, los 50, las de la tercera edad, la menopausia, la andropausia, etc. Tenemos las crisis esperadas, como las que acabo de citar y para las cuales nunca estamos preparados, y tenemos las crisis inesperadas, aquellas con las que nos sorprende la vida. ¿No es cierto? Para algunos serán más, para otros, menos.

Hay gente que dice: «parece que convivimos constantemente con la ansiedad, la incertidumbre, la inseguridad de no saber el porqué ni el para qué. ¿No vivimos acaso en una crisis constante?». Es gente controladora, que no entiende que lo único que podemos domimar en la vida son nuestros pensamientos y actos, pues todo lo demás es crisis. Pues no, no es así. Todo lo demás es vida, es realidad es la gracia. Me gusta la palabra gracia en todas sus acepciones: gracia en el sentido de humor, de ligereza, y también en el sentido de luz, de estado de bondad. Por eso algunas personas dicen que la crisis es desgracia, y creo que debe de ser así, pues la desgracia es la posibilidad que se nos da de encontrar la gracia. Me explicaré mejor: si entendemos una desgracia como una situación desconocida, cuando alcanzamos el conocimiento de esa situación podemos quitar el prefijo des y crear la gracia. En la vida creamos constantemente gracias a partir de desgracias. ¿Estás de acuerdo?

Y aún hay personas que parece que encuentran su verdadero camino sólo después de haber vivido una vida entera, y otras que ni eso, que sienten como si la vida apenas pasara por ellas.

Hace tiempo en las noticias de la televisión vi el caso de una mujer que decidió estudiar Medicina y se licenció a la edad de 65 años; después de estar casada y de haber criado a sus hijos

y sus nietos inició una nueva carrera. Otra historia interesante es la de una mujer que se separó de su familia para entrar en un convento por convicción, dejando claro que esa decisión no significaba que hubiera dejado de amar a su familia. Y para que no se diga que estas cosas pasan sólo con mujeres, tenemos el caso de un misionero que conocí en Chile. Había ido allí para perfeccionar mi castellano y conocí a un ex médico italiano que había abandonado su experiencia en pediatría para entrar en una congregación de franciscanos. Después de tantos años de profesión, decía que había encontrado su vocación tardía. Hizo voto de pobreza, donó sus bienes a su hermano y se implicó en un proyecto misionero en los desiertos de Chile.

¿Cómo explicar a los demás estos cambios, estas encrucijadas que, a ojos de otros, parecen fruto de una aguda crisis que obliga a sus protagonistas a transformar su vida?

Aunque a fin de cuentas, ¿qué es una crisis? En estos casos, ¿estamos hablando de crisis o de experiencias vitales?

Hay crisis radicales que provocan grandes cambios y te permiten aprender, y hay las que yo defino como crisis braille, aquellas en las que vas tanteando, palpando por la vida, y de las que nunca sales, nunca cambias, nunca aprendes, porque no eres capaz de ver en qué estás metido.

Me doy cuenta de que no acabaría nunca esta introducción si me pusiera a describir las distintas tipologías de crisis. ¿Qué tal si hablamos de los miedos, de los temores que todo esto genera en nosotros? Hablaremos de los miedos, más adelante.

Me pregunto ahora cuál es la razón de que se den tantas crisis en una sola persona si todos nosotros nacemos para ser felices, soñar, aprender, ganar. El hecho de nacer ya es un acto de generosidad, si no de los padres, del gran Creador, del Poder Superior que la mayoría conoce como Dios.

Detengámonos durante un minuto a pensar cómo se comporta un niño ante la vida. Si lo han cuidado bien, si se han atendido

sus necesidades básicas, el niño es puro deleite ante el mundo que se abre a sus ojos. Después, a medida que crece, ya aprenderá que debe conquistar su propio espacio, ya se dará cuenta de que existe un juego de exclusión alrededor de él. Yo lo aprendí pronto.

En casa, en las fiestas familiares, a mi tío le encantaba reunir a todos los niños para jugar al baile de sillas, así lo llamábamos. ¿Lo conoces? Tenemos 10 niños, por ejemplo, y 9 sillas, suena la música y los niños se ponen a bailar alrededor de un círculo formado por las sillas. Cuando la música para, cada niño debe sentarse en una silla, y el que no encuentra asiento abandona el juego. ¿Juego de niños? Tal vez, pero dice mucho acerca de la cultura de exclusión en la que nos han criado, ¿verdad?

Tenemos también otro ejemplo cuando terminamos los estudios secundarios y debemos optar por una carrera, escoger una universidad. Aún adolescentes, nos enfrentamos a otro juego de exclusión, porque no hay plazas para todos y algunos se quedarán sin silla. Cuando llega el momento de buscar empleo nos encontramos con otro desafío: sólo los mejores, sólo los que mejor se han preparado encontrarán colocación pronto. Y allí, en el trabajo, vuelta a empezar con los desafíos, el del compañero que juega sucio para pasarnos por delante o aquel otro que no tiene reparos para echarnos la culpa de lo que él ha hecho mal. Cumplir los 40 años de edad también tiene algo de exclusión, porque ya nos consideramos demasiado viejos para según qué cosas. Y la vida sigue, de desafío en desafío, de exclusión en exclusión, siempre rodeados por multitud de inquietudes, de dudas, de porqués.

Un cuadro triste, ¿no? Pero aún no ha llegado lo peor. ¿Sabes adónde conduce una vida formada en esta cultura de la exclusión? Nos lleva a creer que no habrá sillas para todos, que no conseguiremos sentarnos en una silla cuando la música pare: todo ello implica una gran crisis de confianza, falta de confianza hacia el otro, y hacia nosotros mismos. Así que dime, ¿cómo no va a sentirse este pobre ser humano en una crisis permanente?

En este libro, querido lector, encontrarás pistas importantes para entender las crisis, para hacerles frente, superarlas e incluso beneficiarte de ellas, y no sólo de la crisis económica a la que me refería al principio, y cuyas consecuencias amenazan la confianza en el sistema, sino de todas en general, de las que están por llegar, porque siempre habrá alguna.

Un momento, un momento, ¿así de sencillo? ¿Qué si quiero decir que siempre habrá crisis? En efecto, siempre las habrá y existirá un motivo para cada una de ellas.

Tal vez en este momento no te conozcas lo suficiente para darte cuenta de que estás ante una crisis, tanto en el plano macrocósmico como en el microcósmico, o para saber qué puede significar una crisis en tu vida. Así que vamos a cambiar de registro y, para sumergirnos en este viaje de *Talento a prueba de crisis*, conozcamos el significado de la expresión autoconocimiento.

Por supuesto que necesitaré tu colaboración, pero será cosa de un minuto, basta con que respondas a unos test que encontrarás a lo largo del libro.

Te garantizo que al terminar la lectura estarás más preparado para encarar las crisis que aparezcan en tu vida.

Y ya que hablamos de test, vamos con la primera pregunta:

¿Para qué crees que sirve el autoconocimiento?

- A. El autoconocimiento me hará tener éxito, porque saber lo que quiero y lo que no es la clave del éxito.
- B. Para mostrarme seguro ante los demás, la actitud lo es todo.
- C. Sirve para definir el sistema de creencias y valores en los que creo.

D. En el mundo de los negocios el autoconocimiento sirve para bien poco, lo que interesa es el conocimiento, el capital intelectual.

E. Ninguna de las opciones anteriores.

Piensa tu respuesta ahora.



El microcosmos en un plato de la balanza | 01

«No soy nada.
Nunca seré nada.
No puedo querer ser nada.
Aparte de eso, tengo en mí
todos los sueños del mundo».

Fernando Pessoa

1. La importancia del autoconocimiento

El autoconocimiento es de una importancia tremenda. A través de él nos llegarán la autoconfianza, la autoestima, la automotivación, la autorregulación, la autoconciencia. El autoconocimiento te hará ser cómplice de ti mismo, que te comprometas contigo mismo, que crees tu propia realidad. Pero sólo con un alto nivel de conciencia podemos entrar en contacto con nuestro verdadero sentido de vida y pasar a ser personas comprometidas de hecho con nosotros y con los que nos rodean. Sabiendo quién soy, conociendo mis límites, puedo motivarme para superarlos, respetándome a mí y al otro.

Aun así, no basta con descubrir aquello que te molesta o lo que más relevancia tiene en tu interior —aunque ése sea un buen principio de autoconocimiento— para afirmar que te conoces suficientemente. El autoconocimiento es un proceso que debe empezar necesariamente con el reconocimiento de quiénes somos, del poder interior que tenemos y del mundo en el que vivimos. En este proceso es fundamental una gran duda: ¿quiénes somos a fin de cuentas? Esta pregunta nos conducirá, a través de nosotros mismos, a nuestra esencia, donde residen la fuerza y el talento de que gozamos, nuestra misión y nuestra meta,

nuestro sentido de la vida, el gran poder interior. Todos estos elementos cooperarán para que podamos hacer frente a sentimientos destructivos como la envidia, el miedo al ridículo y la desconfianza. Cooperarán también para liberarnos, porque si sabemos quiénes somos y qué queremos, nos mantendremos fieles a nuestra misión, no temeremos la envidia ni la competencia, ganaremos cada vez más confianza en nosotros y, finalmente, nos convertiremos en personas poderosas y libres. De esta forma, con la etapa final del proceso de autoconocimiento llegará la fortaleza interior y el nacimiento de una nueva persona, más sabia, más consciente de sí misma, más confiada, más motivada y con mayor autoestima. Es decir, más poderosa porque asume el poder de sus elecciones y, por lo tanto, más libre.

Debemos ser conscientes, con todo, de que el hecho de que asumamos nuestro poder y conquistemos libertad de acción supone una gran responsabilidad que, por lo general, viene acompañada de cambios que en ocasiones llegan a ser drásticos, aunque siempre son positivos.

En mis conferencias suelo ilustrar este proceso al principio. Subo al estrado intentando llamar bastante la atención, para ello me sirvo de plumas y prendas brillantes y monto un poco de espectáculo; lo hago a propósito, porque quiero atraer la atención de todos. Una vez conseguido, empiezo a despojarme de mis adornos, con lo cual causo verdadera inquietud entre los asistentes, que se fijan en mí para ver cuál será mi siguiente paso. Me quito las plumas, me deshago de las prendas brillantes, me quito los zapatos, es decir me voy librando de todo aquello que llama mucho la atención pero que no forma parte de mí, y me sitúo ante el público vestida sólo con ropa normal, discreta, por lo general oscura, sin adornos y descalza. Así me siento cómoda, absolutamente equilibrada, en armonía conmigo misma, conectada y en sintonía con el universo. Paso a ser yo misma realizando mi misión, sin miedo a ser o a parecer ridícula. Y cuando alejo el miedo, adquiero libertad de acción. El autoconocimiento facilita esta libertad.

Querido lector, ya me he referido en tres ocasiones a la palabra misión pero aún no me he explicado. A semejanza de aquella serie de televisión ambientada en una nave espacial, pienso que también nosotros somos tripulantes de otra nave llamada Tierra, y que en ella no hay lugar para pasajeros, sino sólo para tripulantes, es decir que todos los que estamos embarcados en ella somos responsables de alguna tarea puesto que la nave tiene una misión. Lo cual equivale a decir que cada uno de nosotros tiene también una misión, un papel que cumplir, que desempeñar. No estamos aquí por casualidad. Formamos parte de un sistema, de un organismo vivo, y el hecho de estar vivos implica un movimiento constante, como los sistemas del cuerpo humano. Que tú no cumplas tu misión sería como si tu estómago dijera: «hoy he decidido que no quiero seguir formando parte del proceso de digestión, que me quiero liberar; he nacido para ser pasajero y me quiero limitar a ser un pasajero y asistir a lo que ocurre por aquí». Si la Tierra fuera entonces como el cuerpo humano, podríamos compararnos con las células, que son específicas, individuales y autónomas, pero interdependientes. Y ésta es la magia del vivir: ser tú mismo, único y especial, pero no eres el único, y dependes además de otros únicos; tener la valentía de ser tú mismo para aprender que sólo la independencia y la autonomía nos conducen a la interdependencia.

El sentido de la vida no cambia porque es más general, pero la misión sí lo hace según la madurez, el desarrollo y la experiencia de cada persona. La misión de las empresas también cambia porque todo lo hace, pero los valores no cambian pues son como el sentido de la vida. Estoy en mi cuarta carrera profesional, antes de ser conferenciante fui fisioterapeuta, empresaria y practicante del método Rolf. Mi misión cambió, pero mi sentido de vida aún es el mismo, ya que mi sentido de vida es servir, poner mis talentos y mis habilidades al servicio de quienes los necesitan. Y entiendo que ese servir tiene que ver con erradicar el dolor de las personas a través de la educación, de mostrar cómo podemos ser felices y crear un entorno feliz. A esto lo llamo prosperidad e inclusión, como veremos más adelante.

Me he dado cuenta de que mi misión hoy es proporcionar poder a las personas, crear un espacio en el que puedan percibir que son poderosas, apreciar su propia grandeza de ser, simplemente de ser, esa magia que es ser y estar presente. A partir de ahora me referiré a ti como poderoso lector.

Hay otras dos cosas que son fundamentales en el proceso de autoconocimiento, mi poderoso lector: la reflexión y la reevaluación. Sabemos que somos el resultado de nuestras experiencias del pasado y, partiendo de este principio, la reflexión sobre los hechos y las acciones del pasado nos ayuda a evolucionar, a reevaluarnos, porque en base a este análisis descubriremos lo que nos molesta, por un lado, y lo que nos motiva, por otro. Podemos incluso percibir que vemos de distinta manera algunas cosas que nos molestaban años atrás, podemos descubrir que lo que antes constituía un problema hoy parece algo muy sencillo, porque hemos evolucionado durante el proceso.

¿Es fácil pensar en un mundo tan acelerado como el nuestro? ¿Quién tiene tiempo para hacerlo? Con tanta información, con tanto estímulo visual y mediático quedamos a disposición sólo de las decisiones que deben ser tomadas. Nos dejamos envolver con las cosas que deben ser dichas o hechas, sin tiempo para reflexionar. Además, la reflexión no está de moda y no interesa al mundo del marketing, ¿no es así? ¿O crees que las campañas de promoción que se hacen en televisión, por ejemplo, se hacen para quien piensa? ¿Es publicidad inteligente? Si la analizas críticamente pronto te darás cuenta de que en ella hay muchos efectos especiales, mucha gente guapa y encantadora, mucho consumismo, pero nada que te haga pensar.

Sin embargo la introspección todavía tiene una gran importancia para el ser humano que pretende dar lo mejor de sí siempre, para quien quiere marcar la diferencia en el mundo. Así que, aunque no sea fácil, te recomiendo que te tomes tu tiempo para estar contigo mismo y con tu conciencia, reflexionando y reevaluándote, digiriendo lo que ves, cómo percibes las cosas que

te suceden, lo que sientes, cómo reaccionas ante lo que no te gusta, pensando sobre lo que debes conservar y lo que debes cambiar.

La reflexión es un ejercicio continuo que te llevará a pensar de forma consistente, para llegar a una conclusión, decidir y realizar.

Volvamos a hablar de cambios ahora. A la gente le da miedo cambiar, porque no es consciente de que cambiamos para seguir siendo los mismos. ¿Cómo es posible? Es una buena pregunta. Imagina que nos comportáramos como un ordenador. Está claro que queremos tener siempre a mano un equipo de última generación, que sea rápido, eficiente, que esté a nuestra disposición y que no nos dé problemas. Cuando tu ordenador empieza a fallar y ya no es tan rápido como antes, ¿qué haces? Lo llevas a un servicio técnico para que cambie el procesador, añada placas de memoria e instale los programas más modernos. Es decir, lo cambias todo para seguir teniendo un equipo puntero, ¿no es cierto? Es lo que hacemos nosotros cuando reflexionamos y nos reevaluamos constantemente, porque queremos seguir siendo lo mejor que podemos ser. Cuando digo que cambiamos para seguir siendo nosotros me refiero a esto: cambiar para mantener el equilibrio conmigo y con el mundo.

A veces el mejor camino es el cambio radical, pues a fin de cuentas es preciso que muera lo viejo para que nazca lo nuevo. Puede que ya hayas hecho todo lo posible para mejorar el rendimiento de tu ordenador, y con eso no ha bastado. Así que llegas a la conclusión de que lo mejor es cambiar el equipo. Hace algunos años conocí a una empresaria del sector gráfico que me dijo que había hecho tres actualizaciones en su equipo en menos de dos años y que al final optó por comprar uno nuevo, porque necesitaba lo mejor para trabajar bien. Claro que sí. Pero lo que no explicó, porque todavía no lo había descubierto, es que quien necesitaba un cambio radical era ella porque, en sus propias palabras, no conseguía tantos contratos como antes. Sabía valorar su equipo, pero no era capaz de hacer lo mismo con ella misma;

seguía desempeñando su tarea de la misma manera que hacía diez años, alegando que confiaba en su habilidad, esta mujer manejaba su vida como si el mercado, las personas y ella misma fueran inmutables.

No se trata de una actitud aislada. Conozco a mucha gente que invierte en equipamientos pero evita reflexionar sobre sus habilidades y actitudes. El problema es que la mayoría de las personas tiene dificultades para evaluarse y determinar lo que está bien y lo que debe ser erradicado en su forma de actuar, tanto en la vida personal como en la profesional. Y temen tanto la crítica —la propia y la de los demás— y los cambios que se revelan como imprescindibles cuando algo no va bien que creen mejor confiar eternamente en sus habilidades, como si nunca envejecieran, quedaran obsoletas o dejaran de funcionar.

Cuando te involucras en un proceso continuo de autoconocimiento, y reflexionas y te evalúas, te será más fácil descubrir tu talento, tu propósito y tu misión. Y resulta de mucha ayuda escuchar lo que los demás tengan que decir de ti. Siempre que te sea posible, pregunta a otras personas —jefe, compañeros, clientes, amigos o familiares— cómo te ven. Pero es importante que sepas escuchar. Y sólo escucha, no intentes defenderte ni justificarte. Te parecerá difícil al principio, pero vale la pena superar los miedos y descubrir cómo se valoran tu rendimiento y tus actitudes. En base a esa información podrás trazar las estrategias de cambio.

Recuerda que todo madura a su debido tiempo. Por mucho que la medicina evolucione, los bebés aún necesitan nueve meses para nacer. Eso también es de aplicación a los cambios necesarios. No basta con identificar lo que debes modificar para que el cambio se lleve a cabo. No. Pero habrás recorrido la mitad del camino.

Muchas veces las personas nos volvemos víctimas de nuestras expectativas. Adoptan un modelo o un ejemplo a seguir y olvidamos quiénes somos, o simplemente desconocemos quiénes somos y de lo que somos capaces. Suelo oír frases como éstas:

«quiero ser una persona de éxito, como el presidente de la empresa para la que trabajo», «quiero ser una cirujana famosa, porque sólo así seré feliz», «seguiré los pasos de mi padre, que fue un gran hombre», y otras que expresan ambiciones parecidas. Cuando estas personas no consiguen alcanzar sus objetivos se sienten frustradas, fuera de lugar, pues creen que el Universo conspira contra ellas. ¿No crees que es muy pretencioso? A veces el modelo que sirve para uno no sirve para otro.

La única persona con la que puedes compararte eres tú mismo. ¡Somos únicos cuando nos comparamos con el mundo entero! Somos únicos en la manera de pensar, sentir y actuar. Cuando nos conocemos en profundidad, asumimos quiénes somos y dejamos de compararnos con los demás. Así, poderoso lector, una vez más afirmo que el autoconocimiento aporta libertad. En este caso, la libertad de ser tú ante los demás y ante ti mismo, sin necesidad de interpretar papeles que pertenecen a otros.

Y, hablando de papeles, vamos a ver qué afirmarías con relación al talento:

- A. Las personas talentosas son aquellas que muestran grandes aptitudes, más allá de lo que es normal.
- B. Sólo considero talento la capacidad intelectual, porque no veo ningún mérito en que te elijan empleado del mes.
- C. Talento es la predisposición hacia alguna actividad artística, como el teatro, la música o las artes plásticas en general.
- D. Las grandes empresas buscan los cerebros con talento ya en la universidad y les ofrecen prácticas atractivas.
- E. Ninguna de las opciones anteriores.

Piensa tu respuesta ahora.

2. ¿Para qué tienes talento?

Talento es la capacidad de explorar los frutos de la experiencia personal para alcanzar la realización. Cuando descubrimos el talento que tenemos y lo alineamos al propósito llegamos a la motivación, que para mí es la felicidad a la que todos tenemos derecho.

Cuando escribí el libro *Supervocé* tuve acceso a un estudio realizado por investigadores estadounidenses que apuntaba a que cerca del 60% de las personas con un empleo estable tenían intereses distintos a los de las empresas en las que trabajaban. Otros datos revelaban que los problemas de dirección se debían, en la mayoría de los casos, a la falta de motivación más que a la de capacidad. ¿Sabes qué significa esto? Que muchas veces las personas no identifican sus verdaderos talentos y que asumen actitudes, cargos y propósitos que no son los suyos.

Somos fruto de lo que pensamos, sentimos y hacemos. Hoy, además de ser conscientes de este hecho, las organizaciones reconocen la importancia de la contribución de las personas capaces de integrar en armonía el pensamiento, el conocimiento, el sentimiento y la acción. Aunque sigan valorando los conocimientos profesionales técnicos o teóricos de un especialista, las empresas buscan profesionales que añadan otras características aún más valoradas, como la creatividad, la flexibilidad, la generosidad y la afectividad, y que tengan un estilo de vida compatible con sus valores.

Ya no tienen sentido actitudes como: «en el trabajo soy una persona muy distinta de la que soy en casa» o «no me llevo los problemas de trabajo a casa ni los de casa al trabajo», de las que hacían gala en otros tiempos incluso profesionales con cargos de dirección, que preconizaban y alardeaban de no mezclar vida personal con vida profesional. No podemos activar determinadas cualidades en nuestro trabajo, durante cierto tiempo, y no hacerlo el resto del día. Nadie es creativo sólo en el trabajo, del mismo modo que nadie es hábil sólo en casa. ¡Somos creativos y habilidosos en la vida!

Cada vez más las organizaciones buscan profesionales que se destaquen por sus cualidades humanas y por la aptitud de aumentar sus recursos y sus potencialidades de forma continua e integrada. Todos los días, en encuentros, conferencias y reuniones, presencio testimonios que confirman esta afirmación. Al mismo tiempo, también veo que las empresas se preocupan por el bienestar físico, mental y emocional de sus colaboradores, en una nueva gestión de los recursos humanos donde el colaborador ya no se ve como una persona dividida entre profesión y vida particular.

El jefe de seguridad e higiene en el trabajo que conocí en una industria química, por ejemplo, se había propuesto reunirse una vez al mes con todos los colaboradores para reafirmar la idea de que eran tan importantes para la empresa como para la familia y para la comunidad en la que vivían. Así, todos debían procurar que las mismas normas de seguridad puestas en práctica en la empresa fueran aplicadas en los demás aspectos de sus vidas. Me explicó las directrices de la empresa: «queremos que nuestros empleados lleguen al trabajo con buena disposición, tranquilos y seguros. También queremos que vuelvan a casa de la misma manera, con buen ánimo, tranquilos y con seguridad. Deben entender su responsabilidad como padres de familia, ciudadanos y profesionales, de la misma manera que nosotros entendemos nuestra responsabilidad social en la formación de una nueva clase hombre: el ciudadano consciente».

Aunque todavía existan personas, sobre todo con cargos directivos, que consideran recomendable separar lo personal de lo profesional, las organizaciones modernas valoran a las personas armoniosas y equilibradas, capaces de aunar competencia, habilidad y eficacia en el trabajo con la alegría y el afecto con que marcan su vida, y, asimismo, que trasladen a su vida personal el respeto y el empeño que dedican a su trabajo. Es decir, que no sean personas compartimentadas, sino integradas en cualquier circunstancia.

Así, nada más justo que reunir a empleadores y empleados, contratantes y contratados, para que ambas partes se evalúen

y escojan con quién y cuándo desean trabajar. Un empresario puede exigir determinado perfil profesional de un colaborador, pero un profesional también debe escoger con qué empresa desea trabajar.

Esta propuesta puede parecer un tanto irreal en nuestro país y en tiempos de crisis y desempleo, pero me reafirmo en la tendencia mundial de unir trabajo y satisfacción, porque es un hecho comprobado que la productividad aumenta en proporción directa a la satisfacción de las personas involucradas. En líneas generales, la idea es que tanto organizaciones como profesionales busquen la felicidad, pues esa búsqueda sólo puede aportar beneficios: rendimiento, reconocimiento, realización, tranquilidad, alegría y bienestar.

Estos beneficios, con todo, no caen del cielo. Debemos luchar por ellos, empeñarnos y comprometernos en ese camino. Si ni aun así nos sentimos felices es porque hay algo que no va bien y que debemos modificar. Para cambiar es necesario hacer una reflexión profunda para hallar el fallo, algo que sólo se puede hacer, como hemos visto, por medio del autoconocimiento, en un proceso que nos muestre cuáles son nuestros talentos, propósitos y misión.

Como he dicho, el autoconocimiento es fundamental, pero no suficiente. Precisamos también conocimiento. Gestionar es distinto a administrar, y es necesario tener técnica, poseer una base teórica; no es posible escribir una historia de éxito sólo por el método del acierto y el error. Puede que tengas talento, algo que te haga diferente, pero también necesitas conocimiento.

El autoconocimiento es un proceso continuo, y del mismo modo deberíamos encarar el conocimiento. Ésa es la tónica hoy en día, la educación continua. Las empresas esperan de sus empleados, de quienes colaboran con ellas, que se reciclen que inviertan en sí mismos en busca de técnicas y métodos más avanzados, probados a escala mundial; algunas incluso ofrecen programas de apoyo a la educación del trabajador.

No obstante, a veces oigo historias que me sorprenden. Un directivo que acababa de obtener el certificado ISO 14000 se mostraba orgulloso del logro, pero me confesó que se veía obligado a aprender, a perfeccionarse continuamente, a mejorar todos los días, y que su salario seguía siendo el mismo. No le dije nada, pero pensé: «¿es que no aprecia la oportunidad que tiene de crecer? ¿No cuenta la experiencia?».

Cuando lo único que cuenta es el salario, ciertamente es porque la persona no hace lo que le interesa, porque no ha descubierto su talento. Sí, porque sólo hace las cosas bien quien se interesa por lo que hace, quien percibe la relevancia de su trabajo, y la relevancia tiene mucho que ver con el sentido de vida. Aquellos que consideran su actividad profesional sólo como un medio de subsistencia no puede, por supuesto, disfrutar con lo que hacen y nunca hallarán en ello la satisfacción interior, personal e intransferible, de realizar un trabajo con pasión. Deberíamos preguntarnos todos los días: ¿qué me inquieta? ¿Qué me importa? ¿Qué me transforma? ¿Qué me hace sentir vivo?

Porque nos comprometemos con lo que nos importa. Por esa razón, cuando un ser humano se compromete el universo lo hace a su favor. Y al comprometernos ejercemos nuestra libertad. Cuando hacemos algo que no nos importa, realizamos lo que debemos hacer por imposición de la situación o por las condiciones que nos toca vivir, y eso es obligación y no tiene nada que ver con el compromiso, y aunque hubiera compromiso y responsabilidad, no habría libertad. Porque no hay elección. Cuando elegimos algo renunciamos a otra cosa, pero cuando se elige por el alma no sentimos la renuncia, porque estamos ante un ejercicio de la voluntad, de la libertad, del alma.

Investigadores del mundo del trabajo creen que la pasión también está asociada al aspecto profesional, y aseguran que ese sentimiento constituye un factor determinante para el éxito personal. Si hiciéramos lo que realmente nos importa y pusiéramos en práctica nuestros talentos, son sentiríamos apasionados y felices, importantes y reconocidos. Por esta razón me gusta decir: busca el placer y encuentra el éxito.

Pero, ¿qué ocurre con la persona que no tiene libertad para hacer lo que le gusta, ya sea porque no ha recibido la formación necesaria, ya porque las condiciones de vida no le permiten aspirar a más? ¿Estaría esa persona destinada a la pobreza y a una vida insípida? ¿Cómo puedo hablar de pasión a alguien que se ve obligado a trabajar junto a un horno o encaramado en el andamiaje de una obra, llueva o haga sol? Esa persona podría decirme, con razón: «tengo que ser puntual y no puedo faltar en mi puesto; trabajo todo el día en una tarea pesada, aguantando el mal humor de mi jefe y ganando poco dinero. ¿Y encima tengo que apasionarme por lo que hago? ¿Seré algún día feliz? ¿Tengo alguna oportunidad de alcanzar el éxito?». Sin miedo a equivocarme le respondería que sí a estas preguntas, porque creo que en la relación entre individuo y profesión la pasión está vinculada a la relevancia. Comprender la importancia personal y social de lo que hacemos es el primer paso hacia la felicidad. Para el peón de obra, por ejemplo, la relevancia de su trabajo tal vez resida en la tarea en sí, además de en la dignidad de poder ofrecer educación a su hijo: la sonrisa del niño y su desarrollo saludable hacen que la vida de este trabajador valga la pena y justifique todos sus sacrificios.

Poderoso lector, creo que he conseguido mostrarte que el talento es un tributo que tiene cualquier ser humano, y no sólo los superdotados. Es una inteligencia natural, un don divino, que todos recibimos sin aviso y sin manual de instrucciones. Los talentos no se aprenden, se descubren. Podemos detectarlos en cualquier actividad humana, incluso en las menos valoradas, como los trabajos físicos. Un profesor, un vendedor o un albañil con éxito son sólo personas que descubrieron sus talentos. Y, de la misma manera, tú debes descubrir el tuyo. ¿Cómo? Todo lo que debes hacer es darte la oportunidad de que aflore. Si apartas de ti los prejuicios y evitas considerar que determinadas actividades son mejores que otras, o más importantes, y abandonas la idea de que son pocos los que tienen talento, estarás dando el primer paso para reconocer que tú también lo tienes.

Para ilustrar el hecho de que basta con entender que todo es fruto de cómo percibimos lo que hacemos, suelo contar el caso